

capacidad contributiva en cuanto recae sobre bienes no necesarios, no debe sobrepasar ciertos límites (impuestos sobre el tabaco y bebidas alcohólicas fundamentalmente).

La proporción en que dichos gravámenes deban encontrarse dentro de un sistema tributario no es fácil de establecer "a priori", pues dependerá de la estructura económica del país en cuestión, del funcionamiento de su sistema impositivo, de los hábitos de los contribuyentes, etc. Lo único que puede decirse, a título de aproximación, es que si los impuestos sobre el lujo y estimulantes están bien trazados, cumplirán la nada despreciable misión que se les ha encomendado por el ordenamiento tributario. Sin embargo, esta observación no debe impedimos ver que los impuestos sobre el tabaco y bebidas alcohólicas, al gravar también los consumos ordinarios, se apartan de su cometido, y al recaer desproporcionadamente sobre consumidores modestos pueden resultar regresivos. Por su parte, los impuestos al lujo es claro que contribuyen a una distribución de los recursos productivos distinta de la óptima. Además, ambos gravámenes son discriminatorios según los gustos de los consumidores, su alcance en buena técnica tiene que ser limitado y aparecen ocultos en el precio de los artículos, con lo que se viene a obstaculizar la selección que en una sociedad democrática deben realizar todos los individuos, a través de sus representantes, de las magnitudes correspondientes de gastos e ingresos públicos³⁷. De aquí que, siempre dentro de la incertidumbre propia de toda generalización en este campo, modernamente pueda apreciarse una marcada tendencia de las legislaciones y de la doctrina fiscal hacia el impuesto a las ventas por sus mayores posibilidades recaudatorias, módica tasa y ausencia de efectos discriminatorios. Razones todas que influyen decisivamente en la predilección por este gravamen como medio de disminuir una dependencia excesiva de los impuestos sobre la renta. Dependencia que se hace tanto más peligrosa en la medida que los procesos inflacionistas van tomando carta de naturaleza en nuestros sistemas económicos.

³⁷ Vid. la excelente reformulación de estas ideas llevadas a cabo por BUCHANAN (*The demand and Supply of Public Goods*, Chicago, 1968).

Discurso del Decano de la Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador, Escrib. Juan Carlos Lucero Schmidt, en la apertura de las II Jornadas para educadores en Pilar (Pcia. de Buenos Aires)

Septiembre de 1988

El Acto Inaugural de toda reunión de estudios determinados a conmemorar un acontecimiento histórico, como es el caso de estas IIas. Jornadas, plantea a nuestra deliberación un interrogante previo sobre la finalidad que guía a dicha actividad conmemorativa.

Por cierto que en la educación resulta válido atender a las efemérides, y ampliarlas de tal manera que abarquen también las raíces hispánicas de nuestra patria, sobre esto no necesito insistir cuando tengo la satisfacción de hablar ante una concurrencia compuesta por tan distinguidos educadores. Desde que comparto esta condición al estar a cargo de una Facultad de Historia, no necesito tampoco resaltar la importancia que tiene toda indagación sobre nuestro pasado.

Sin embargo, a mi entender, los estudios promovidos por el V Centenario, conllevan la posibilidad de que se añada otro mérito a las investigaciones históricas; me refiero a la prédica sobre las excelencias de la cultura en la que tuvimos origen, una prédica que mueva la emulación de las generaciones actuales, es decir, que trascienda el ámbito del pensamiento para convertirse en levadura de la vida común.

Porque si los estudios históricos multiplicaran su intensidad beneficiarán sin duda a todos cuantos participemos de ellos, pero si además la historia rescata su antiguo blasón de maestra de la vida, y suministra, con la más solícita atención, las enseñanzas destinadas a nuestro obrar actual y futuro, entonces resultará un beneficio para toda la comunidad.

He preferido, por tal razón, dedicar mis palabras en este acto inaugural, a los fines que guían la celebración del V Centenario del Descubrimiento y la Evangelización de América, considerándola como punto cardinal, como grande acontecimiento de la historia universal, capaz de restablecer la identidad de la

cultura que nos es propia -y que a la vez es la mejor-, porque con ella se dará remedio a los males que nos alligen y se atenderá de modo más eficaz al bien común de todas nuestras naciones hermanas.

Paso pues a referirme, en primer lugar, a los antecedentes que permiten caracterizar de tal modo a esta conmemoración.

Ella obedece, como filial respuesta, a la convocatoria formulada por S.S. el Papa Juan Pablo II, y a su llamamiento en favor de una nueva evangelización de América, mensajes que la prensa vaticana refleja regularmente en las distintas ocasiones donde el Santo Padre la reitera.

En este mismo lugar, al inaugurar el pasado año las las Jornadas que nos reunieran, el Rector de la Universidad del Salvador, Lic. Juan Alejandro Tobías, puso de resalto las figuras de dos Padres Jesuitas, uno de la época colonizadora, el R.P. Diego de Torres; otro contemporáneo nuestro, el R.P. Guillermo Furlong. La Evocación tiene el significado de señalar que la Universidad del Salvador, fundada por la Compañía de Jesús, cumple con una especial devoción este mandato Papal del V Centenario, porque tiene establecidos como principios en los que fuera constituida: la lucha contra el ateísmo, el avance mediante el retorno a las fuentes, y el universalismo a través de las diferencias.

¿Qué más sólido antecedente para el renacimiento religioso capaz de desplazar el ateísmo moderno, que la labor evangelizadora llevada a cabo en nuestros orígenes como más justo título de la evangelización americana?

En fin, ¿de qué manera podremos vislumbrar nuestro futuro avance como sociedades, sino a través del retorno a las fuentes hispanoamericanas que nos vinculan a la herencia de la antigüedad clásica y cristiana?

En orden a esta concepción fue celebrado el acto inaugural de las actividades conmemorativas del V Centenario, que tuvo lugar el 17 de noviembre de 1986, en el salón San Ignacio de Loyola de nuestra Universidad, y que fue honrado con la asistencia del Nuncio Apostólico, Mons. Calabresi.

La Facultad de Historia y Letras, designada coordinadora de las actividades conmemorativas, ha desarrollado desde entonces una intensa labor dentro de ese marco, en particular mediante la organización de Cátedras Extracurriculares, en muy variadas materias de la cultura nacional, como son las que se tratan en las cátedras de "Artes y Cultura en la Historia de América y España", "Identidad de la Cultura Argentina", "Acción Misional de la Compañía de Jesús" y "Estudios sobre Santos Mártires Rioplatenses", sin olvidar al Seminario permanente de unidad Iberoamericana y a las Jornadas de Derecho Tributario y también por supuesto mediante la organización de estas Jornadas que hoy nos reúnen.

Desde el enfoque que está insito en la elección de tales materias, surge con claridad el convencimiento -que comparto-, de que los estudios concernientes al V Centenario deben estar orientados a posibilitar un encuentro con la cultura de la que provenimos, a fin de seguir creciendo en esta direccionalidad.

Porque si hay que elogiar en cada empresa aquello que la destaca con nota relevante, sin discusión le corresponde tomar la primacía a la cultura hispanoamericana, pues nadie podrá señalar otras ideas, artes y costumbres que la avancen y que alcancen los merecimientos con que la nuestra se distinguió para dar cima a su obra continental.

No hemos nacido en el desamparo, ni hace poco, sino que somos ricos herederos de una cultura, en la cual se refleja como en un espejo, la conducta que debemos observar si queremos que nuestra grandeza siga creciendo.

Allí está el pensamiento político español de entonces, aunando la figura del Gobernante y del Consejero llevadas a la práctica de las altas cuestiones de Gobierno en la Institución de los Consejos. Allí está, opuesta al Príncipe de Maquiavelo, la imagen del Príncipe Cristiano que perfilaran para la posteridad nuestros Saavedra Fajardo, Gracián, Quevedo, Rivadeneira. Allí pueden verse las ciudades fundadas por decenas, nuestras ciudades Córdoba, La Rioja, San Luis, Corrientes, Buenos Aires, Lima, Santiago del Estero.

Todas conforme a una regla que sigue a la más autorizada doctrina de la filosofía política, y no como factorías costeras, con lo cual queda impreso el carácter urbano como nota del período hispánico. Allí el ideario del caballero, el estilo de vida del humilde, las costumbres y la fe observadas por unos y otros, donde la cultura se hace visible tanto como en la arquitectura y en los objetos de culto y de arte, en fin, están también presentes en la España y en la América de nuestros orígenes las manifestaciones excelsas de las letras, del teatro, de la pintura, hasta el extremo de que a aquella época debió concedérsele la justa denominación de siglo de oro.

El reconocimiento de esa cultura como un hito clásico, es tarea tanto de poetas como de historiadores; requiere de políticos, de jueces, de artistas, de ustedes los educadores; de misioneros, llama en una palabra a todos los hombres y mujeres íntegros de nuestro pueblo fiel.

Esto es así, porque encontrándonos abrumados por los efectos inmorales de costumbres traídas desde afuera, o de espúreas interpretaciones de la cultura recibida, y en la necesidad de revertir tan afligente situación, ¿a qué principios hemos de confiarles nuestras esperanzas?

¿Acaso no a los que animaron a nuestros antepasados a exponerse a peligros, atreverse a extensiones inexploradas y a demostrar un valor que parecía sólo reservado a las leyendas?

¿No a los que trajeron el símbolo de la cruz y el mensaje del evangelio?

¿Ignoraremos a los que en la profundidad de la selva levantaron un modelo de sociedad indígena como el de las misiones jesuíticas?, o a las treinta y tres universidades fundadas para una población que no pasaba de los quince millones de habitantes?

¿Rechazaremos, en fin, a una epopeya que en lugar del exterminio o la se-

gregación, culminó uniendo a españoles e indios en la síntesis de una conciliación mestiza, representada en nuestros pueblos americanos?

¿Cómo no resultará agraviada nuestra tradición, si después de participar en todos los esfuerzos y de honrarse dándole su configuración a un continente, ahora las postergáramos detrás de ideas, o mejor de ilusiones, nuevas y sospechosas, negándonos a nosotros mismos?

Estoy seguro que hasta aquí, ustedes estarán de acuerdo que la cultura hispanoamericana nos ha asegurado los mejores beneficios y que merece la primacía que le reconocemos.

Pero habrá otros que la acusen por injusticias que la acompañaron. Yo considero, en primer lugar, que las denuncias sobre tales injusticias y el debate a que dieron origen se formularon antes que nada entre los propios participantes de la empresa colonizadora, lo cual prueba en favor de la misma, como lo demuestra entre muchas otras, la lucha para asegurar un trato justo a los indígenas que culminará con la sanción de las célebres ordenanzas de Alfaro entre cuyos autores figuran los nombres de varios jesuitas, como los Padres Diego de Torres, Luis de Leiva, Diego de Boroa y Horacio Morelli.

En segundo lugar, si otras empresas semejantes habidas desde entonces y hasta nuestro propio tiempo, se hubieran llevado a cabo siquiera de igual manera, admitiría la censura; pero es de lamentar que esto no haya sucedido, ni suceda; por el contrario, en consecuencia, no puede tenerse por sincera una leyenda negra que pesa sobre todo el período del nacimiento de la cultura hispanoamericana, leyenda que une a su falta de veracidad, la circunstancia descalificadora de haber sido propagada desde las mismas metrópolis que llevan el baldón del tráfico de esclavos.

¿De qué modo entonces podrá estar refutado nuestro propósito conmemorativo del V Centenario?

No lo será abriendo un infructuoso debate en nuestras filas americanas; menos aún cuando asistimos a las calamidades a las que nos condujo el abandono de nuestra herencia cultural y el abrazar nuevos dogmas que no nos pertenecen.

¿No vemos a diario las consecuencias a que nos someten las estructuras de pecado del mundo actual, denunciadas por el Santo Padre en su Encíclica *Sollicitudo Rei Socialis*?

¿No advertimos el peligro a que se encuentran expuestas las sociedades, la familia, la juventud, la minoridad?

Al reflexionar sobre estos hechos, es natural conmoverse por la situación presente del continente y aspirar al reconocimiento de nuestra cultura hispanoamericana como un hito clásico que debe inspirar nuestro obrar en esa empresa. Habrán de removerse los estorbos derivados del cuestionamiento histórico, que ni siquiera están debidamente fundados; pienso que si un extraño nos contemplara en semejante disputa, condenaría nuestra necedad al dividir opiniones en

temas secundarios, mientras tenemos disponible a nuestra laboriosidad la herramienta apropiada para dar solución a los más grandes e importantes problemas que nos atañen.

Algunos de seguro, levantarán la objeción de que las transformaciones de la vida contemporánea son de tanta magnitud que resultará muy difícil vencer las nuevas formas culturales ajenas que llevamos impuestas.

Sin embargo, me inclino a pensar que quienes así argumentan no obstaculizan a los propósitos que supone la celebración del V Centenario, antes bien los afianzan.

Porque si consiguieran demostrar que con anterioridad, mientras tuvo vigencia y firmeza la cultura hispanoamericana, esta ha sido vencida por las formas actuales, entonces podrían hacer prevalecer su alegación; pero como en verdad eso no ha ocurrido, sino que nuestra cultura más que refutada fue olvidada, debilitada paulatinamente, sustituida por muy variadas y sucesivas ideas que concluyeron por desmembrar el acervo originario, no servirá este antecedente como prueba de poderío alguno porque no es apropiado examinar la supuesta fuerza de las ideas que combatimos juzgándolas con la difusión que alcanzaron con la ayuda de otros, sino por las adhesiones que ellas mismas sean capaces de suscitar.

Desde que podemos comprobar no ya como estudiosos sino como ciudadanos la repulsa que levantan en la sociedad estas deformes manifestaciones ajenas, y si las conjeturas sobre el porvenir son válidas a partir de lo ocurrido, es mucho más probable que el rescate de lo clásico hispanoamericano sea saludado con la adhesión del pueblo fiel de Dios, antes que nuestras gentes sean rendidas por el asedio, tal es el menosprecio que provocan las ofensas de este tiempo.

Con lo que se lleva expuesto, considero que la conclusión a la que se puede arribar resulta confirmatoria de las finalidades tenidas en mira por los estudios sobre el V Centenario.

Hemos visto que en ellos encuentran aplicación los principios establecidos para nuestra labor universitaria: la lucha contra el ateísmo, el avance mediante el retomo de las fuentes y el universalismo a través de las diferencias.

Ha quedado en claro también, la primacía que le corresponde a una cultura, la nuestra, proveniente de una época que mereciera la denominación del Siglo de Oro y que fue fundamento de nuestra identidad como pueblo.

Agrego a lo anterior, que ese convencimiento se afianza al advertir que la lucha por la justa condición de los indígenas forma parte de la gesta hispanoamericana.

Por último, hemos examinado las perspectivas que se abren a nuestros empeños presentes, sin que a estos deba atemorizarlos un supuesto predominio de las ideas que se le oponen.

El aniversario próximo de los quinientos años del descubrimiento y de la evangelización de América constituye ciertamente una oportunidad, la más clara de todas, para reencontrarse con nuestra cultura: no debe ser despreciada, por que sería indigno no aprovecharla y lamentarse de ello, cuando haya pasado.

Si todos nosotros hacemos votos unánimes por la ansiada y esperanzada nueva evangelización de América, sepamos encontrar en ella la finalidad que dé sustento a las labores de estudio que desde ahora emprendemos.

Quiero finalizar estas palabras invocando la autoridad del Santo Padre en su discurso a los Obispos del Celam, pronunciado en Santo Domingo, el 12 de octubre de 1984; dijo S.S. el Papa Juan Pablo II: "Frente a la problemática y desafíos que la Iglesia tiene planteados para la evangelización en el momento presente, ella necesita una lúcida visión de los orígenes y actuación.

No por mero interés académico o por nostalgias del pasado, sino para lograr una firme identidad propia, para alimentarse en la corriente viva de la misión y santidad que impulsó su camino, para comprender mejor los problemas del presente y proyectarse más realísticamente hacia el futuro".

Un refranerillo español del Setecientos en el Virreinato del Perú

Daisy Rípodas Ardanaz*

Damos a conocer aquí un conjunto de refranes que, cuidadosamente copiados, fueron traídos a estas tierras a mediados del siglo XVIII por un magistrado español. Habiendo éste pasado por Buenos Aires y residido en Chuquisaca y en Lima por razones de su empleo, no caben dudas de que el presente refranero se paseó por lugares clave del entonces inmenso Virreinato, y es muy probable que buena parte de los adagios que lo integran fueran usados por su recopilador en distendidas conversaciones informales.

1. Don Antonio Porlier, el compilador

Dejada la isla de Tenerife donde ha visto la luz en 1722, el canario Don Antonio Porlier y Sopranis -futuro Marqués de Bajamar- se gradúa de bachiller en leyes en la Universidad de Salamanca y de doctor en cánones en la de Avila. Recibido de abogado de los Reales Consejos en 1752, se establece en la Corte y se declara pretendiente a plazas togadas de Indias¹.

El paréntesis que sus pretensiones le imponen es fecundo para el laborioso Don Antonio. Con estudios jurídicos sistemáticos y -según permiten colegirlo su biblioteca y escritos- de variadas lecturas de humanidades clásicas y modernas favorecidas por su dominio del francés², frecuenta academias de leyes, en

* Miembro de número de la Academia Nacional de la Historia (Rep. Argentina). Directora de la Cátedra Extracurricular "Estudios socio-culturales sobre Hispanoamérica colonial" de la U.S.

¹ Sobre la vida y obra de Porlier, pueden consultarse Daisy Rípodas Ardanaz, *Bibliotecas privadas de funcionarios de la Real Audiencia de Charcas*, en *Memoria del Segundo Congreso Venezolano de Historia*, t.2, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1975, p. 499-552; *Idem*, *Los "Discursos exhortatorios" del Marqués de Bajamar. Una imagen del Consejo de Indias bajo Carlos IV*, en *Anuario jurídico ecuatoriano*, t.6, Quito, Corporación de Estudios y publicaciones, 1980, p. 241-269; *Idem*, *Un cristiano ilustrado en la magistratura indiana: Antonio Porlier, Marqués de Bajamar*, Buenos Aires, PRISCO-CONICET, 1992; Marcos Guimerá Peraza, *Don Antonio Porlier, Marqués de Bajamar (1722-1813)*, en *Anuario de Estudios Atlánticos*, N° 27, 1981, Madrid-Las Palmas, Patronato de la "Casa de Colón", p.113-207.

² Su padre había sido en Canarias cónsul de Francia, y él mismo había vivido en ella un año durante su adolescencia.